

# *La frontera Este de Europa. El genio de Austria-Hungría*

**E**n un momento en la Historia en que nos acercamos a un complicado fin de siglo en que, por razones de carácter más cultural que ideológico, todas las ideas recibidas parecen entrar en crisis y en el que, de una manera súbita, ha vuelto a hacer su aparición el nacionalismo en todo su esplendor, los ojos de los humanos se han vuelto hacia Austria-Hungría. En realidad lo hicieron ya hace algún tiempo, a partir de mediados de los años setenta, por razones derivadas del peso de lo muchísimo que Viena ha supuesto para la cultura contemporánea. Politzer escribió que «todo lo importante fue inventado en Viena» y esta frase, que es una exageración, tiene, sin embargo, a su favor un cierto fundamento. Basta citar una ristra de nombres para justificar esa aparente megalomanía: Mahler, Schonberg, Klimt, Schiele, Freud, Kafka, Popper, Wittgenstein, Hayek... y un largo etcétera no se entienden sin el Imperio Austrohúngaro. La paradoja del caso consiste en que hemos heredado una visión de lo que era el Imperio de los Habsburgo que en el terreno político parece todo menos digna de respeto. Austria-Hungría tiene una imagen de potencia reaccionaria y decadente, envuelta en un tono de suave melancolía como si no quisiera darse cuenta de estar condenada a la irremediable desaparición y pretendiera prolongar una agonía irremediable con los viejos fastos de un Imperio militarista y feudal, condenado a volatilizarse por el paso irremediable de la modernidad.

Pero sucede que Austria-Hungría no fue eso sino mucho más y mucho mejor. En el terreno político, étnico y geográfico fue un mundo plural que tenía la pretensión de que cada una de sus partes podía convertirse en complementaria de las demás hasta llegar a constituir una totalidad armoniosa. Otra cosa, claro está, es que también tuviera en su seno unas tendencias centrífugas que acabaron triunfando. No era, sin embargo, imprescindible que sucediera así porque los Habsburgo no eran tan sólo esos reaccionarios encasillados en el pasado, sino también unos administradores prudentes y bastante ilustrados y liberales que introdujeron re-

JAVIER  
TUSELL

*«Zweig llegó a dejar escrito que en ninguna parte como en el Imperio de los Habsburgo resultaba tan fácil ser europeo. Se ha llegado a decir que en cierta manera la única Europa es la Europa central.»*



formas e hicieron el milagro de mantener unido un mundo con tendencias dispersivas bien patentes. Lo lograron porque a ese talante de gobierno sumaron una realidad también bien patente y mucho más positiva. Se suele hablar de la pluralidad étnica y cultural de la Europa de más allá de Viena. Es obvio que existe, pero también parece evidente la unidad de este mundo sobre todo en el segundo aspecto: basta con recordar el papel homogeneizador de la música o de la arquitectura para constatarlo. Esto se debía a una pluralidad de influencias culturales, algunas de ellas insospechadas para observadores poco atentos. Austria-Hungría, por ejemplo, no puede entenderse sin lo germánico y lo eslavo pero tampoco sin lo español (en el siglo xvii, por ejemplo) o sin lo italiano.

Lo que convierte a Austria-Hungría en un caso excepcional es precisamente esa fecundación de unas culturas por otras hasta crear un conjunto incitante de importancia irrepetible para el mundo actual. Viena fue, en el cambio de siglo y hasta la conclusión de la primera guerra mundial al menos, una especie de Nueva York actual, capital de la cultura y de la moda, cosmopolita pero al mismo tiempo sólidamente vinculada con esa pluralidad de raíces culturales más inmediatas. No sólo capital sino también crisol de un Imperio donde la miscigenación cultural se había convertido en lo habitual, Viena fue también, mientras en ella importó mucho más el individuo que la nación o la etnia a la que pertenecía, un estado de la mente enormemente creativo y original. Creación y originalidad deben ponerse en contacto de manera necesaria con esa pluralidad externa e interna. La Viena de la primera década de siglo tenía unos dos millones de habitantes, de los que casi una cuarta parte eran checos. Muchos de los grandes creadores que se dieron cita en ella (Brahms, Mahler, Freud, Kokoschka...) aparecieron por

sus calles cuando ya su obra tenía tras de sí una trayectoria. Esta, sin embargo, ya no llega a entenderse sin la vertiente que le proporcionó esa capital en donde no se difuminaban las procedencias peculiares, sino que se fecundaban las unas a las otras.

Existe una cierta tendencia a juzgar que la creatividad vienesa debe ser puesta en relación con el ambiente de decadencia, como si el Imperio Austro-húngaro estuviera necesariamente condenado a la desaparición y como si eso tuviera consecuencias enormemente positivas en el terreno cultural. Pero ni lo uno ni lo otro es cierto. Ya veremos cómo en ninguna parte estaba escrito, a la altura de 1914, que el Imperio tuviera que desaparecer y menos aún que eso debiera ser positivo. En cuanto a la idea de decadencia —esa «alegre apocalipsis» de la que hablaban los contemporáneos y que luego se ha convertido en un lugar común para los historiadores cuya ventaja es conocer el posterior desarrollo de los acontecimientos— era un tópico de la época cuyo origen no fue vienes sino francés. Se ha exagerado también el juicio de que Viena pudo ser el lugar de gestación de tantas novedades culturales por la existencia de una burocracia más o menos parasitaria y «dilettante» que proporcionaba el sustrato para cualquier iniciativa cultu-

**«La primera guerra mundial en realidad tuvo como propósito, por parte de los vencedores, introducir en el Este de Europa unos principios que eran los de la Francia republicana y que allí resultaban muy poco viables.»**



ral. También se ha desmesurado quizá a la hora de establecer la relación entre la obra de todos esos creadores y la realidad social y política que tenían ante los ojos, como si todo hubiera de explicarse por el afán de unidad o la voluntad de gozo ante un mundo que se descomponía y no hubiera aspectos mucho más universales en la creatividad vienesa. Siempre será posible, por ejemplo, interpretar a Kafka o a Hayek en la clave de la obsesión por la burocracia del Imperio.

Pero eso no basta y la verdadera clave de esa creatividad original reside en otro aspecto que no puede en modo alguno desligarse de la pluralidad existente en esta zona de Euro\$pa. Stefan Zweig, que vivió estos años gloriosos y fue quizá en sus memorias el mejor testigo de todo este mundo, escribió que en Viena la aspiración a la cultura en todas sus diversas manifestaciones era un ansia permanente y una exigencia no sólo de unos pocos, sino de amplísimas capas de población. No se puede decir, además, que el hecho fuera exclusivo de la capital del Imperio, sino que resulta válido también para cualquiera de sus ciudades importantes como Budapest o Praga, aunque sea en menor grado. Lo que el contacto de culturas y etnias había producido era la prefiguración de la Europa o aun del mundo actual y más aún del que viene en este final de siglo. Zweig llegó a dejar escrito que en ninguna parte como en el Imperio de los Habsburgo resultaba tan fácil ser europeo. Se ha llegado a decir que en cierta manera la única Europa es la Europa central y si eso resulta exagerado diríamos, en cambio, que sin esa versión de lo europeo el conjunto queda radicalmente incompleto. Es esta condición la que convierte a Viena en precursora de la actualidad cultural contemporánea. En cierta manera nuestro fin de siglo tiene mucho que ver con el que vivió la capital austríaca hace cien años. Su incertidumbre no fue decadente, sino precursora de la nuestra en lo que tenía de desconfianza respecto de todas las ideologías y de búsqueda de métodos y experiencias nuevos. Estos dos rasgos se repiten en esa condición posmoderna en que ahora estamos viviendo.

Pero ese mundo del Imperio Austro-húngaro empezó a agonizar en 1914 y feneció en 1918 con la Paz de Versalles. No era necesario que concluyera, como muy bien ha señalado Franc.ois Fejto en un libro de hace unos años que ha tenido una repercusión tan considerable como merecida. La primera guerra mundial en realidad tuvo como propósito, por parte de los vencedores, introducir en el Este de Europa unos principios que eran los de la Francia republicana y que allí resultaban muy poco viables. Eran democráticos y eso resultaba positivo, pero también eran nacionalistas y eso en última instancia llevaba un germen autodestructivo que con el paso del tiempo se hizo evidente. Para los vencedores Austria-Hungría había perdido esa condición que durante tanto tiempo la había convertido en una pieza imprescindible del escenario de Europa central. Ya no era un baluarte de estabilidad, de penetración de modernidad en los Balkanes y de contención de la expansión germánica. Durante siglos se había pensado que si Austria-Hungría no hubiera existido debería ser inventada, ahora se imaginó que era un estorbo inauténtico y perjudicial. Pero quienes así opinaron no se dieron

*«Durante siglos se había  
pensado que si  
Austria-Hungría no hubiera  
existido debería ser  
inventada, ahora se imaginó  
que era un estorbo*



***«Es mucho mejor un poder arbitral fuerte que una proliferación de nacionalismos exclusivos. Y esto que vale para el centro de Europa, por supuesto, también es útil para España.»***



cuenta de que una vez más hacían buena la frase de Gide: a veces con las mejores intenciones se hace una pésima política.

Así se vio con el transcurso del tiempo. De nuevo es preciso citar a Stefan Zweig para quien el nacionalismo fue «la pestilencia de las pestilencias» que arruinó ese mundo feliz que era el Imperio de los Habsburgo. En una zona geográfica de tan compleja pluralidad étnica como ésta, el nacionalismo no significaba otra cosa que la tiranía de la minoría más numerosa. Eso acabó por provocar, con escasísimas excepciones (casi tan sólo la de Checoslovaquia), la ruina de las instituciones democráticas. Quienes se convirtieron en protagonistas del nuevo escenario solieron ser dictadores nacionalistas cuya ideología testimoniaba modernidad en los medios pero en los fines remitía a un profundo andamio en el pasado. La zona permaneció en una profunda inestabilidad y además provocó la intervención, no sin poderosas razones, de los grandes totalitarismos, el nazi y el soviético. El alemán encontró su justificación en razones étnicas, y el soviético en otras de carácter ideológico y en apariencia defensivo. Esta inestabilidad e imperialismo entrecruzado explica la Historia del Este europeo hasta 1989. No es preciso decir que a la fragmentación política le ha acompañado el rebajamiento de la calidad en la producción intelectual. Quizá lo más valioso de la cultura de los pueblos que acaban de abandonar el comunismo sea un reflejo de glorias pasadas: si bien se mira Milán Kundera, en toda su obra entre la ficción y el ensayo, tiene un muy estrecho paralelismo con Musil.

Esta interpretación del pasado tiene la ventaja de ser directamente aplicable al presente. Si la escisión de Yugoslavia ha sido violenta y cruentísima y la de Checoslovaquia pacífica, es porque la segunda ha conservado mucho mejor la herencia cultural de Austro-Hungría y, por tanto, también de Europa. Yugoslavia estaba fragmentada en dos por la línea que separa a Europa central de los Balcanes y en ella el déficit de europeísmo no ha podido ser cubierto por una intervención más decidida de la occidental por su actitud pasiva e irresponsable. Por desgracia hemos vuelto al 1918 y ahora estamos padeciendo las consecuencias. Pero por lo menos debiéramos tener también las armas intelectuales para superar una situación como la actualmente existente, porque la enseñanza de la Historia es bien clara. Es mucho mejor un poder arbitral fuerte que una proliferación de nacionalismos exclusivos. Y esto que vale para el centro de Europa, por supuesto, también es útil para España.